

Narrativa del Acantilado, 372

GI

AFONSO REIS CABRAL

GI

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS
DE ISABEL SOLER

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Pão de Açúcar*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2019 by Afonso Reis Cabral

Este libro ha sido negociado a través de The Ella Sher Literary Agency,
www.ellasher.com

© de la traducción, 2024 by Isabel Soler Quintana

© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-19036-99-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 9642-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Nota previa, 7

1, 13 — 2, 19 — 3, 23 — 4, 29 — 5, 32 —
6, 35 — 7, 39 — 8, 43 — 9, 46 — 10, 50 —
11, 56 — 12, 60 — 13, 64 — 14, 67 — 15, 71 —
16, 77 — 17, 81 — 18, 87 — 19, 91 — 20, 95 —
21, 100 — 22, 105 — 23, 109 — 24, 114 — 25, 118 —
26, 124 — 27, 128 — 28, 131 — 29, 135 — 30, 138 —
31, 142 — 32, 146 — 33, 150 — 34, 155 — 35, 158 —
36, 163 — 37, 167 — 38, 172 — 39, 175 — 40, 180 —
41, 185 — 42, 188 — 43, 194 — 44, 199 — 45, 205 —
46, 209 — 47, 213 — 48, 216 — 49, 220 —
50, 223 — 51, 229 — 52, 233 — 53, 237 —
54, 240 — 55, 243 — 56, 246

Apunte final, 251

Agradecimientos, 258

18.º) Entonces hablaron con ella y, a partir de ese día, empezaron a visitarla con regularidad, normalmente a la hora de comer.

PROCESO TUTELAR EDUCATIVO
N.º 637/06.2TMPRT

NOTA PREVIA

Rafael Tiago, un tipo un poco más joven que yo, cambia neumáticos, arregla motores y endereza carrocerías. El líquido de frenos, el lubricante de los engranajes y los sistemas hidráulicos se le empapan en la piel como un tatuaje, una especie de *mehndi* en la mano izquierda. Le debe de dar vergüenza, porque se pasa la vida frotándose a ver si aquello se va. Está harto de ajustar sistemas de inyección y de cumplir las órdenes del jefe—aprieta aquí, conecta allí—, y quiere pasarse a la carpintería porque dice que Jesús era carpintero y él admira mucho a Jesús. Creo que piensa que Jesucristo es como una especie de Churchill.

Aparenta mucho más de veintipico años. La pubertad lo pilló de lleno al nacer y de ahí en adelante empezó a deteriorarse. Falta saber hasta qué punto es algo físico. Conozco a uno que a los doce años fumaba a escondidas para calmar los nervios y quería tener asistenta para que un día alguien le lavase la ropa: no me extrañaría que ya tuviese cara de viejo. Rafael también parece un viejo metido a la fuerza en un cuerpo de joven, lo cual es lógico, si tenemos en cuenta las circunstancias.

Lo conocí un día en el que el granito, el asfalto y el cemento se asentaban sobre la ciudad como la primera nieve. Sólo a Oporto le queda bien tanta fealdad y tanto hormigón, aunque sirve de poco, pues el hechizo desaparece cuando le da el sol. Por suerte, el sol no le da demasiado.

Yo participaba en un encuentro con lectores en la biblioteca de São Lázaro y estaba molesto porque tenía que atravesar la niebla que el río levantaba entre la Ribeira y

el Cais de Gaia, cuando apareció con un sobre abierto.

No era el primero. Llegan convocados por *e-mail*, unos con historia en la vida, otros sin historia en la vida, algunos con títulos como *Crónicas de un espermatozoide* o *De asistente a doctora*, y a veces, en esas sesiones de escritor-vendedor ambulante, alguien abre un sobre y pide, como Rafael, si puedo leerlo.

En el título suelen poner: «Hacer un libro», después suelen explicar: «O sea, toda mi trayectoria, mis amores, mis proyectos de futuro y otros, porque cumplo años el día [tal] y creo que merezco que mi sueño se haga realidad desde hace mucho», y terminan con: «Se lo pido por favor». Y ese por favor es más una amenaza que una súplica, una soga alrededor del cuello: ¿quién eres tú para ignorar nuestra alegría o nuestro sufrimiento?

El texto de Rafael quedó olvidado sobre la mesa. Lo iba a tirar cuando me fijé en una dedada sucia encima del remitente. La carta empezaba con: «A veces, la vida es una cosa tan bella que lloro de ternura y no me entero de lo que me dicen», y seguían muchas líneas en blanco antes de una lista de cosas bonitas.

Parafraseando, porque él nunca la escribiría así:

La canción que el señor António silba por la mañana mientras Rafael se toma el café.

Júlia, que sirve las mesas, con ojos que tienen ganas de arrancar de amor. Aún son jóvenes y harían buena pareja.

El viento encauzado por las calles, agitando los espantapájaros colgados en los balcones.

Discusiones entre novios que acaban en nada o en beso.

Niños que reclaman atención.

Neumáticos que ruedan por la carretera.

Dueños de perros que recogen la mierda caliente con bolsas que apenas les cubren las manos.

Y hasta el arranque de un motor reparado por él.

La primera página terminaba con: «Esto son solamente las cosas que he visto hoy y me gusta apuntarlas porque es fácil olvidar lo que hay de bonito en la vida».

La lista me recordó a Eva Aurora Santos, mujer de por lo menos cien años que un día entró en mi coche y me exigió, a bastonazos, que la llevase a la Segurança Social.

—Arranca ya, que tengo prisa.

De camino me contó lo mucho que le gustaba el pan con mermelada y lo ácidas y dulces que eran las naranjas que se daban allá, en su tierra. Dejaban un rastro pegajoso en los dedos. Pero aquellos placeres preparaban el golpe, escondían la confesión.

Volvíamos de la Segurança Social cuando me dijo que su hija era pequeña, mujer, y él, mayor, hombre. No había escapatoria: así que él entró en casa y la pilló en el cuarto de baño, ya tenía decidido qué hacer con ella. Su hija era fuerte como una llama, pero él sacó un cuchillo y apagó la llama por la garganta.

En cuanto Eva entró en el coche, aunque primero sólo hablase de dulzuras, supe que traía consigo una historia. Respecto a Rafael, no tuve esa intuición hasta que vi la dada de aceite en el sobre.

Nos encontramos en un café del Carvalhido que yo frecuentaba por espíritu de combate, porque la peste de los lavabos no desaparecía nunca. Pensé que estaría más cómodo en un sitio así.

Calculé que llegaría con retraso, que incluso podía desistir. «Quedamos el sábado por la tarde por culpa del taller de automóviles». Ni él ni yo sabíamos a lo que íbamos. Yo esperaba que la lista de cosas bonitas escondiese un gran horror; él esperaba que mi literatura realizase la belleza, lo de llorar de ternura y no enterarse de lo que le dicen.

Pero llegó puntual. Traía una carpeta de donde salían papeles en desorden, un montón de apuntes, recortes de periódicos, piezas procesales y fragmentos sueltos. «Aquí tienes esto. Es todo lo que recuerdo, más las notas que he ido juntando».

Tomamos café. En ningún momento se quitó la capucha, pero cada vez que se llevaba la taza a la boca yo veía el brillo de un pendiente. Apenas hablamos.

Al final, le di *Mi hermano*, cada vez más moneda de cambio que novela, y él me dijo que sólo leía deportes, pero que reconocía la importancia de los libros.

Durante los días siguientes intenté dar sentido a aquellos papeles, y era más o menos como intentar hablar con una expareja que exige justicia en la puerta de la Procuradoria-Geral da República.¹

Con sorpresa, me di cuenta de adónde quería llegar Rafael y entendí que me había ofrecido todo lo que yo buscaba: la colisión de mundos en peligro; el conflicto en el centro de los implicados con él; el problema del cuerpo; las consecuencias de la miseria, esa palabra que ya no se usa pero que todavía se imputa; el equilibrio entre la desesperación y la esperanza. Es decir, nada del otro mundo.

A partir de ahí, investigué los sucesos a fondo.

Leí el proceso judicial de tirón, como si hablase de alguien próximo. Hechos probados, punto 10.º en adelante, el espacio «húmedo, oscuro e inhóspito, por el que casi nadie pasa»; puntos 23.º a 94.º, resumen de la semana del 15 al 22 de febrero; frases como «grave estado de enfermedad», o informaciones más íntimas como «quería un cigarro y paz» o «llegando incluso a prepararle comida en el edificio».

¹ Órgano superior del Ministério Público (Ministerio de Justicia, en portugués). (*Todas las notas son de la traductora*).

Estudí la prensa que estalló en la época. Doce años después, aún se publica algún artículo sobre aquello. Fragmentos como: «El parque contribuyó a la seguridad del edificio...», «Era frecuente que fueran vistos por la noche...», «Puede correr mucha tinta si los abogados lo complican...», «Va a ser transformado en centro logístico para empresas, en una clínica y en una aseguradora médica...».

Y lo más importante, me lancé al trabajo de campo sin el que un libro como éste no se escribe: forcé la entrada del escenario principal, entrevisté a amigos y conocidos de los implicados, consulté el boletín meteorológico del Instituto Português do Mar e da Atmosfera relativo al mes en cuestión, fui a los bares y abordé a gente en cafés a las siete y media de la mañana.

Después lo mezclé con la ficción, que es como se hace una novela.

Nos encontrábamos siempre que me convenía ir a Oporto. Para cualquier urgencia usábamos el teléfono móvil. Él respondía con pocas palabras, pero tan bien escogidas que encajaban perfectamente allí donde yo las quería poner.

El año pasado nos vimos en el Carvalhido por última vez. «Está terminado», le dije. «La historia es tuya, como si fueses tú quien la cuenta, pero yo la escribo por ti». Él bajó la cabeza, como ofreciendo el cuello, libre de halago o vanidad. Sólo quería que contase los acontecimientos tal cual, no le interesaba nada más. Quizá pensaba que al poner la historia en papel se la sacaría del pecho, de donde en realidad nadie se la iba a arrancar. Pero eso no se lo dije.

Al despedirnos, insistió en que quería liberarse del taller, y se frotaba más y con más fuerza. Le aseguré que un día sería carpintero, sin duda, pero está claro que nunca va a escapar de aquello y sólo la muerte le borrará los tatuajes de grasa. Y es más de lo que se merece.

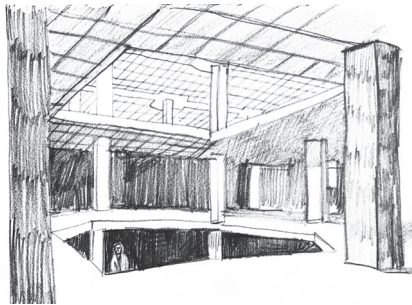


Buscábamos las zonas sucias de la ciudad. Las llamábamos así. Néelson prefería llamarlas «sitios prohibidos», pero Samuel rechazaba el nombre porque ni eran sitios ni estaban prohibidos, y si Néelson y yo destruíamos, él destruía y creaba.

Teníamos casi la misma edad, y sin embargo se abría un hueco entre nosotros: Néelson y yo a un lado, Samuel al otro, unos meses mayor, dueño del lápiz de carbón y sobre todo dueño de cómo usarlo. Iba con ese lápiz gastado y con el bloc que le mendigó a la mujer de la papelería (ella cedió y le dijo: «Cógelo y no hagas tonterías», pero ¿cuántas tonterías podía hacer con un Canson 120 g?).

Yo fingía no darme cuenta de aquellos impulsos: le decía que era cosa de maricas, de gente rica, de memos, y me impresionaba que siempre respondiera, con la rabia del boxeador contra las cuerdas: «Eso te crees tú, joder». Más que los meses que nos separaban, se interponía entre nosotros el arte y el exceso de sensibilidad en el día a día, como si las zonas sucias de la ciudad no fuesen dignas de él, o sólo lo fueran para los dibujos.

Guardé éste:



Pero la zona sucia que reproduce sólo la di a conocer más tarde.

En aquel momento nos divertíamos en otros lugares, por ejemplo, en la Prelada. Las obras del nuevo barrio estaban paradas y las calles nos servían de escenario. Había algo hermoso y atrayente en las losas de cemento, en las calles abandonadas, en los restos que la construcción había abandonado a manos de chavales como nosotros.

Por la mañana temprano salíamos de la Oficina de São José¹ y cogíamos el autobús cerca del ponte do Infante. Yo me colaba por la puerta de atrás y ellos, por la de delante, escondidos entre la gente. El conductor casi nunca nos pillaba.

El autobús sudaba, nos picaba la piel del olor de la gente, los ojos, el fondo de la garganta. Pero a mí me gustaba el viaje porque me quedaba solo durante unos minutos. Es decir, solo con ellos allí, más adelante. Entre tanta gente, me arrimaba tranquilamente a cualquier chica. Sin que nadie se diera cuenta, les hacía señales de que la chavala estaba buena y de que a mí se me había puesto tiesa.

Cuando bajábamos en la Prelada, la sensación casi enfermiza del viaje se disipaba, yo volvía a ser el mismo tío que no sabía de dónde venía ni adónde iba, pero unos minutos después ya explorábamos el barrio abandonado, las zonas sucias, y la ansiedad daba un respiro por unas horas.

Con esfuerzo, casi entendía los estímulos de Samuel: cinco edificios en ruinas, cada uno a su manera, y alrededor, los escombros de las obras; tubos de PVC apilados, un solar entero para nosotros, bajos donde tantas veces encon-

¹ Institución religiosa de carácter humanitario que desde mediados del siglo XIX recogía a niños y jóvenes en riesgo de exclusión y criminalidad. El centro fue clausurado en 2010.

trábamos a gente que se cobijaba con hogueras y cartones para darse calor.

Cosas buenas para dibujar.

Los edificios, mal protegidos con tableros de contrachapado apoyados en las soleras, parecían tullidos con muletas. En los terrenos de alrededor, unos *pit bulls* ladraban sin motivo, pjaras de cerdos husmeaban en las yerbas y por el suelo, y los gitanos montaban las barracas. Por aquella época, al menos en la periferia de Oporto, aún existía mucho de todo esto y a nadie le importaba.

El agua chorreaba por las estructuras varios días después de haber llovido. Subir era un reto. Más que el desafío, queríamos la paz que sólo encontrábamos en zonas concretas y de difícil acceso. Antes íbamos a la aventura, pero ahora, a los doce años, subíamos hasta la última planta para ver la ciudad a distancia, una marea que no nos arrastraba, o que no queríamos que nos arrastrase.

La calma de la última planta, una plataforma suspendida entre éste y el otro mundo, hacía que nos olvidásemos de las calles, de la EB 2/3¹ Pires de Lima y de la Oficina de São José. El tiempo se detenía en el jadeo de Nélsón y Samuel, cansados como yo y, como yo, con el pulso de la sangre en los pies, distantes de la ciudad allí abajo y de la vida allí delante. También ellos detenidos, por qué, no lo sabíamos. Detenidos.

Nélsón encendía un cigarrillo y decía, traduciendo lo que pensábamos: «Pero qué putada», y yo respondía, jadeante, que no era para tanto. Al fin y al cabo, podíamos ayudarnos entre nosotros. Pensándolo bien, no sé si era capaz de expresarme de ese modo, seguro que coincidía con

¹ Escola EB 2,3 Doutor Augusto César Pires Lima, centro público de educación secundaria.

él, reforzaba lo de «Qué putada», y escupía a la calle, ocho plantas de gargajo en caída libre, para demostrar que conocía a fondo la vida y era detestable.

Samuel no decía nada, se ponía a dibujar sentado en unos ladrillos. Dibujaba hechos: nunca dibujó a personas, salvo la del dibujo de antes (apenas se ve porque es muy pequeña, entre los pilares, a la izquierda), y eso también fue un problema. Hoy me gustaría verme en un dibujo. Intentaba pasar al papel cosas volubles y maleables como nosotros, pero Néelson le decía que no, que qué mierda era esa de yo en un dibujo con Rafa; Samuel buscaba mi apoyo, pero yo respondía que qué mierda era esa de yo en un dibujo con Néelson. Que usase el paisaje, Oporto o el quinto coño. Si aún existen, los dibujos deben de ser huecos, escenarios sin actores, y la culpa es mía y de Néelson. Pero supongo que se quemó todo.

En una de esas correrías, entramos en el edificio norte, que quedaba enfrente de las casas habitadas. No quisimos ir antes por miedo a que avisasen a la Policía.

Las rejas del garaje cedieron a la primera patada. Néelson iba delante, intentando ver algo con la luz del móvil. Avanzamos muy juntos porque, a pesar de la confianza, la verdad es que explorábamos un sótano desconocido. Podíamos encontrarnos a alguien, clavarnos un vidrio, rompernos un brazo o caer por algún agujero.

Yo me imaginaba en el fondo de un pozo.

Un paso en falso y caía, me hundía en el barro y en el agua estancada. Veía las sombras de Samuel y Néelson y oía: «Rafa, ¿cómo vas? ¿Estás bien?», pero no respondía, demasiado ocupado en morirme. Y entonces desaparecía, pero, no sé cómo, era consciente de los alrededores y del cuerpo, una cosa arrugada que seguía el proceso. Primero, el rigor de la muerte, después la putrefacción, las moscas, los huevos

de las moscas y las larvas. Con los ojos abiertos pero ciego, sentía los movimientos de mi interior, observaba a Néelson y a Samuel, que ahí estaban, velando el cadáver nunca rescatado porque ellos callarían para evitar la bronca en la Oficina. Como última prueba de amistad, no me escandalizaba su cobardía y dejaba que la carne se me escapase sin más.

Claro que sólo era fantasía. No me desvié ni un paso de su lado, por miedo a caer o a perderme entre pilares oxidados, hormigoneras rajadas, sacos de cemento en polvo y ladrillos amontonados.

Llegamos al último piso, más alto que las casas de enfrente, y nos topamos con una nueva vista: la desembocadura del río. Yo dije: «Qué bonito», y Néelson hasta suspiró.

Samuel se mostró indiferente, no le interesaba el mar, o mejor dicho, dijo que desde allí no veíamos el mar. Sólo veíamos una mancha azul, un paisaje detenido como cualquier otro, y según él, el mar era lo opuesto a eso.

Quise pegarle, porque mi exclamación había sido para complacerlo, era más o menos como decir, en otras palabras, que lo admiraba. Ninguno de nosotros tenía lo que hoy sé llamar *un don*, arte en un sentido diferente al arte del taller. Por entonces, el don no tenía nombre, por eso, «Qué bonito» fue mi intento de expresar la realidad de la manera más perfecta posible, sacando imágenes de un sitio para meterlas en otro.

También me jodió darle la oportunidad de hacerse el mayor, de salir de aquella mierda de vida, de ser más que un interno de la Oficina, y de no querer enterarse y hasta de despreciar.

Miré de nuevo el mar y también me pareció detenido, un bloque azul, en todo igual—menos en el tamaño—a la mancha de la ciudad nublada y sin árboles. Su opinión destruíla la mía, era más válida en talento.

Hice un gesto de desdén a Nélon, me encogí de hombros y dije: «Tú sabrás, Samuel».

Regresamos a la Oficina cuando terminaban las clases. Por norma, volvíamos más temprano para evitarnos problemas. Nos encontramos a Fábio en una esquina de Duque de Loulé, hablando con la empleada de los Bilhares Triunfo. Nos señaló con el dedo y gritó: «¡A la próxima, voy con vosotros!», y nosotros disimulamos porque no queríamos la compañía de un tío mayor que nosotros con tendencia a meter mano descaradamente en los asientos de atrás del autobús. Las mujeres gritaban y después había follón con el conductor.